

TRIBUNA ABIERTA

NO NI NÁ



POR ANTONIO NARBONA

El papel de la prosodia contribuye de modo particular al logro de la máxima eficacia comunicativa en los intercambios orales, especialmente los cercanos y familiares

En el cartel anunciador de las Jornadas sobre el Habla Andaluza que organiza, desde 2017, el Ayuntamiento de Coria del Río (Sevilla) en memoria de J. M^a Pérez Orozco, al lado de una caricatura de este, aparecen en caracteres bien visibles su dos expresiones más apreciadas, 'manque' y 'no ni ná'. La primera es un arcaísmo general, documentado desde la Edad Media, que sólo pervive en algún giro petrificado, como 'Viva er Beti manque pierda'. Y cuesta creer que quien fue Catedrático de Lengua dijera en serio que la segunda —que ha llegado a utilizarse también como título de una sección periodística, para lema de una campaña que persigue «reivindicar el uso sin complejo del habla andaluza, rescatando vocablos como *daleao*, *aviate*, *jardazo*...», etc.— es una «figura literaria [sic] de primera categoría» y «la mayor afirmación del andaluz».

En todo el dominio hispánico, no sólo en Andalucía, con *¡no habla ná[da]!* o *¡no te que[d]a ná[da]!* se da a entender —gracias al contorno melódico— que alguien no para de hablar (vamos, que 'no se calla ni debajo (de) agua') y 'te queda [que pasar] un largo calvario'. No sé por qué los que se apropian indebidamente de tal recurso y se lo adjudican al andaluz, no se apoderan igualmente del que consigue lo contrario, «transformar» en contundente negación una secuencia afirmativa: ¡tendrás queja de mí! ('no tienes ningún motivo para quejarte de mi comportamiento') o *¡anda que ha tardado bastante en dejarla!* ('no ha tardado nada en dejarla').

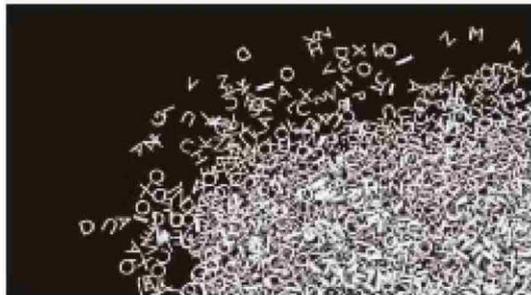
De todos modos, no conviene hacer descansar la «riqueza expresiva» de los andaluces en locuciones como esa. Habría que recordar que su presunta «(sobre)abundancia» léxica —al igual que la penuria— no corresponde a las variedades de la lengua, sino a los hablantes. Del muy dispar caudal de que cada uno de estos llega a disponer (que se incrementa o no) no forman parte las numerosas palabras y acepciones que han dejado de usarse, como una gran parte de las que figuran en el Tesoro léxico de las hablas andaluzas (*entamo*, *entande*, *entasmár*, *entejón*..., sin salir de la primera columna de una página, abierta al azar); tampoco los términos diversos (si acaso, uno) con que en cada zona andaluza se designa el mismo objeto (*botijo*, *búcaro*, *porrón*, *pirulo*...); etc.

Más que por el vocabulario que va «atesorando», alguien es idiomáticamente «rico» o «pobre» por la *precisión* o *propiedad* con que lo emplea y engarza en las secuencias discursivas, operación que no se reduce a eliminar o atenuar la polise-

mia que todo vocablo encierra (incluido el verbo *precisar*: *no preciso nada más; es preciso que estés aquí mañana antes de las 9; ¿podrías precisar algo más tu petición?*: etc.), sino que supone dar con los más adecuados y eficientes en cada situación, según el asunto de que se trata, los receptores a que se dirige... Claro que en el ámbito de lo idiomático, las comparaciones, más que (o además de) odiosas, pueden resultar improcedentes, y *¡anda que no se lo he dicho veces!* no tiene por qué ser más imprecisa que *se lo he dicho montones de veces*.

El papel de la prosodia —siempre decisivo—, contribuye de modo particular al logro de la máxima eficacia comunicativa en los intercambios orales, especialmente los cercanos y familiares, al hacer que, por ejemplo, no sólo esa triple negación *no ni ná[da]*, sino una doble (*¡no sabe ná[da]!*) e incluso simple (*¡anda que no hace calor!*) acaben siendo enfáticos juicios positivos. He dicho en la oralidad, no en el habla, porque en la escritura también se explota, pero, eso sí, queda en manos del lector la adecuada reposición del contorno entonativo, de manera que no incurra en el error de interpretar *¡no sabe ná[da]!* como 'lo ignora todo'.

Cierto, las soluciones «coloquiales» no son peo-



ABC

res (ni mejores) que las «formales». Pero permanecer anclado (condenado, más bien) exclusivamente en el registro que sirve para tratar de lo cotidiano con familiares o amigos «de toda la vida» impide desbordar el terreno recortado de las frases comunes y clichés de nula precisión semántica. Al centrarse en el andaluz «popular» (¿a qué pueblo hacen referencia?), los paladines que dicen defender lo «auténtico» se limitan a destacar comodines y giros que se aprenden —y se utilizan— como «bloques», bastantes de los cuales son poco originales, y revelan escaso ingenio y una gracia —si la hay— más bien burda o tosca.

Flaco favor se hace a los usuarios de los que suele decirse no «necesitan» expresarse de otros modos. Como si no tener siquiera la oportunidad de superar las limitaciones constituyera un estado envidiable. Desde luego, sus carencias seguirán siéndolo por mucho que se camuflen con el enaltecimiento de unas supuestas singularidades? que nada van a contribuir a que la lengua deje de ser un corsé que imposibilita compartir el mundo infinito que abre. Y por muchas banderas (falsas) que se enarbolan, como la del *no ni ná*.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA